

# Para volver a ser

ARTURO GUERRERO



¿Cómo salir de la explotación al prójimo, de la lucha a muerte entre semejantes, del penoso destino de la violencia, de la desigualdad en el goce de los cuerpos, de los objetos, de las personas, de la riqueza, de la naturaleza?

Si se parte de que el lenguaje puede ser el puente que restituya el pacto de convivencia, es preciso asumir la gravedad del hecho. Y esta gravedad indica que la lengua desborda las demostraciones racionales. El grado culminante del lenguaje, la poesía, es también un órgano de conocimiento cuyos caminos enigmáticos no se dejan agotar por los procedimientos de la filosofía de las luces, y cuyos hallazgos pertenecen a órdenes esquivos a la planificación y a las previsiones de la razón. Carlos Drummond de Andrade, considerado el más alto poeta brasileño del siglo pasado, formuló de la siguiente manera esta extraña epistemología: “si busca bien, usted acaba encontrando no la explicación (dudosa) de la vida, sino la poesía (inexplicable) de la vida”<sup>1</sup>.

Jorge Luis Borges no se cansó de repetir que sus mejores páginas eran aquellas en cuya escritura había aparecido menos la reflexión y más ese impulso lleno de misterio que parece ofrecer un dictado al autor. En un coloquio celebrado en Sevilla el 24 de septiembre de 1984, explicó: “yo he tratado de intervenir lo menos posible en mi ‘obra’ –uso la palabra obra entre comillas–, es decir yo recibo algo, y ese algo no sé de dónde proviene... Yo trato de elegir lo menos posible. Yo no busco temas, yo dejo que los temas me encuentren. Yo no busco metros tampoco. Además, creo que cada tema dicta su propia retórica, es decir, algo me dice si quiere ser tratado en verso endecasílabo, en verso libre, en prosa, o como quiere ser. Yo trato de ceder, de oír bien esas íntimas noticias que me llegan”<sup>2</sup>. Oír, recibir, ceder, en lugar de elegir y de buscar: una paradoja de pasividad en la que ejecuta su oficio la más activa facultad cognoscitiva del hombre.

<sup>1</sup> CARLOS DRUMMOND DE ANDRADE, *Revista Imágenes de Brasil*, Embajada del Brasil, Bogotá, núm. 51, 2002.

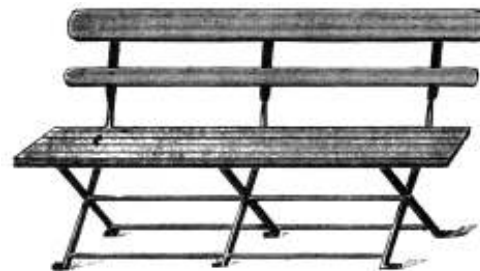
<sup>2</sup> JORGE LUIS BORGES, *Revista Número*, Bogotá, núm. 34, septiembre del 2002.

A Borges no le preocupa mucho saber de dónde le dictan. Pueden ser las musas, el espíritu, el subconsciente, la gran memoria de todo el género humano, cualquier procedencia es parte de una mitología pasajera. Incluso exalta el borrador que pasa sobre el origen del dictado: “la creación poética parte de la memoria –había dicho en una conferencia dada en Francia, en 1983 y la memoria está hecha sobre todo de olvido”<sup>3</sup>. Así que la poesía –y toda escritura digna contiene un discurso poético– es un conocimiento anclado en el reconocimiento del misterio. De ahí que los escritores escriban porque creen en milagros, porque se saben médiums. Cuando un escritor no sabe sobre qué escribir, escribe precisamente para saberlo. La escritura araña sobre la noche incógnita. El lenguaje le agrega a la razón una buena porción de nuevo mundo. Si todo se supiera ya, no habría urgencia de escrituras. La palabra, más allá de ser expresión y comunicación, es sabiduría acerca de la carne y la sangre de éstas.

La demostración sobre la posibilidad de algo mejor que nos merezcamos como seres del deseo y de la convivencia, se abre de esta manera a los horizontes perplejos del lenguaje y especialmente de la poesía. Es válida entonces la pregunta sobre los hallazgos de los escritores en torno del doble problema intrincado de los destinos no inarmónicos del deseo y de las alternativas a la lucha del amo y el esclavo como pacto de convivencia social. Naturalmente éste es apenas un enunciado acerca de una investigación conjetural, que a primera vista se revela como infinita. Lo que se puede hacer en un corto espacio como éste y en el tacaño tiempo que se le pudo destinar a prepararlo, es sólo pergeñar algunos trazos, insinuar dos o tres líneas recogidas al azar de sendos maestros de la palabra.

En primer lugar se observa una inversión de la dialéctica de la fuerza y de la dominación, por lo pronto en el terreno de la recuperación de un goce parejo de los cuerpos y de las almas. En un poema titulado “Si el hombre pudiera decir”, de su libro *Los placeres prohibidos*<sup>4</sup>, de 1931, el español Luis Cernuda proclama que si le fuera dado decir la verdad de su amor verdadero, ésta sería la siguiente:

Libertad no conozco sino la libertad de estar preso en alguien  
Cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío;  
Alguien por quien me olvido de esta existencia mezquina,  
Por quien el día y la noche son para mí lo que quiera,  
Y mi cuerpo y espíritu flotan en su cuerpo y espíritu  
Como leños perdidos que el mar anega o levanta  
Libremente, con la libertad del amor,  
La única libertad que me exalta,  
La única libertad porque muero.



<sup>3</sup> JORGE LUIS BORGES, *Revista Número*, Bogotá, núm. 5, noviembre de 1994.

<sup>4</sup> LUIS CERNUDA, *Los placeres prohibidos*, en *La realidad y el deseo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

El requisito de esta relación es la libertad, pero una libertad en cuya definición está el deseo de estar preso en alguien. Libertad que más que un derecho y una exigencia, es una ofrenda, y que en calidad de ofrenda derrota la mezquindad de la existencia. El prisionero libertario le da un vuelco de ciento ochenta grados a la explotación del amo y a la abyección del esclavo. El esclavo se esclaviza voluntaria y alegremente y deja de ser esclavo, asesinando de este modo al amo en tanto amo. Mientras el primero se entrega en donación, con plena y festiva libertad, el otro, el supuesto amo, ve que así ya no vale la pena y queda entonces destituido de su investidura de amo.

La imagen del amante que es leño perdido flotando en el mar de su pareja y que se entrega para ser hundido o enaltecido por ésta, encontrando en ello su exaltación, ilustra todavía más la revolución presentada por Cernuda, ya que ese salto al vacío, esa arbitraria dádiva, esa zozobra, es cantada como la única libertad que le interesa al hombre, la libertad del amor. Por supuesto que trasladar sin más este plano del amor de pareja al lazo social suena a locura y contradice la esencia de la lucha de clases. No obstante, es lícita la provocación. No es descabellado imaginar que una sociedad integrada por individuos y parejas que ejerzan la libertad prisionera propuesta por Cernuda, sea capaz de fundar insólitos e insospechados pactos colectivos en los que la explotación y la fuerza no figuren como motores.

José Balza, escritor venezolano, afirmaba en una crónica sobre el bolero publicada en 1996, que la quintaesencia de esta música y canto populares es hablarle de amor al amor, como prólogo o epílogo al momento de la fusión amorosa. Su conclusión era contundente: “el falo, puente de la posesión, no pertenece durante la cópula ni al hombre ni a la mujer: es de ambos”<sup>5</sup>. Hay aquí un paso más allá de la propuesta de Cernuda. Es que, de todas maneras, en la imagen del leño y del mar, por más a gusto que el primero se lance a la turbulencia, existe un elemento dominante, el furioso turbión de olas, y otro a su merced, el desamparado madero. Por el contrario, en el aserto de Balza ya no importa que sea el hombre el detentor del falo ni que gracias a éste se establezca la posesión, porque en el tiempo de la cópula cesa toda pertenencia. Se podría añadir que entonces la *posesión* no implica propiedad privada de uno de los dos términos de la pareja, es decir que la posesión no es posesión, sino acto de compartir. Dándoles la vuelta a los términos, con idéntica justeza se diría que la vagina igualmente es de ambos, en la fusión del coito. Y el gozo. No hay uno que deba gozar del otro, sino que los dos pueden gozar simultáneamente.

Hay una luz que quizá pueda ser hallada, al menos como vislumbre, en los cantos de los poetas, para esclarecer las leyes que nos gobiernan y para salir de nuestro difícil destino. La tarea consiste en indagar por las leyes más profundas del lenguaje, por



<sup>5</sup> JOSÉ BALZA, *Revista Número*, Bogotá, núm. 5, *op. cit.*

aquellas que atan de modo más decisivo a una persona con otra y a todas las personas entre sí. Los poetas del romanticismo consideran que el esfuerzo del hombre tiene como propósito la recuperación de una unidad perdida entre la conciencia y el mundo, unidad que brillaba en un mundo edénico cuya memoria atiza en las células ávidas de cada individuo y de la especie. Este paraíso perdido, escenario de la infancia personal y de la infancia mítica de la humanidad, ilustra sobre la primera ley que nos gobierna, la cual guarda cercanía con el ímpetu hacia una comunión de totalidad imposible.

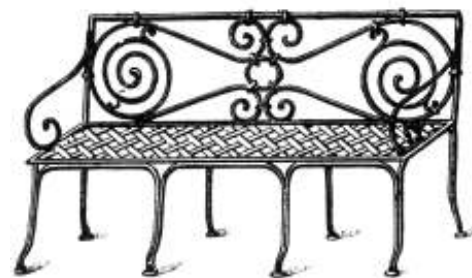
Los poetas, por supuesto, han sufrido esta necesidad, y la han expresado con las galas del amor humano. Así Octavio Paz, en “Piedra de toque”, de su libro *Semillas para un himno*<sup>6</sup>, declara al objeto del amor como sustancia de su mismo ser y lo urge a ser para poder ser ambos:

Aparece  
Ayúdame a existir  
Ayúdame a existir  
Oh inexistente por la que existo  
Oh presentida que me presente  
Soñada que me sueña  
Aparecida desvanecida  
Ven vuela adviene despierta  
Rompe diques avanza

Hay una necesidad de doble vía, que iguala de manera ontológica a los dos amantes presentidos. El yo no existe sin el tú, pero éste también requiere de auxilio para ser. Este reconocimiento que tiene que ver con la esencia de cada uno de los implicados, se traslada también a la conciencia de ellos, pues ambos se presienten mutuamente, los dos se saben anhelantes, se han expiado, se sueñan, han ejecutado una presencia de conocimiento previo. Ha habido incluso un adelanto de aparición, una cuota inicial provocadora, con apoyo en la cual el poeta da la orden de avanzar y de romper obstáculos. Él la ha palpado, pero la configuración orgánica de ella no era todavía densa. Así que con la seguridad de haber hallado las leyes que nos gobiernan, impera sobre el fantasma que para él se ha convertido en “piedra de toque de esta vida”, es decir, en la prueba de la existencia del hombre.

Como si hubiera pretendido responder al clamor del Nobel mexicano, una poeta colombiana, Renata Durán, 36 años más tarde, profirió el siguiente aire titulado “Hilo de luz”, en su libro *Sombras sonoras*<sup>7</sup>:

Hay un hilo de luz  
respirándonos desde los dos



<sup>6</sup> OCTAVIO PAZ, *Semillas para un himno*, en *Libertad bajo palabra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

<sup>7</sup> RENATA DURÁN, *Sombras sonoras*, en *Poemas escogidos*, Bogotá, Colcultura, 1993.



hasta los dos  
tendido sobre un abismo  
vacío  
y lleno  
de más luz  
Claridad  
iluminada  
Aire desnudo  
Simultáneo reír  
¿Quién empezaba en ti  
a ser ésa que acaba en mí?  
¿Quién regresa  
volviendo desde mí  
hacia tu ingravido  
y único ser?  
¿Quién?  
¿Quiénes somos?  
Hondos  
como planetas  
en cuyo corazón  
se abre el espacio  
para volver a ser  
Tú  
Yo  
Nosotros  
Vida que teje  
alguien.

Tenía que ser una voz femenina la que formulara este suspenso. Cuando el objeto del amor hace presencia, queda desvirtuada incluso la frágil identidad donde reposa toda ambición y toda ansia de poder. Distantes realidades fulguran sobre los abismos del misterio y la lengua debe echar mano de dimensiones siderales para barruntar interrogantes. Es posible que las leyes que nos gobiernan desborden los tacaños límites de la piel, de la corteza terrestre, del firmamento visible. Tal vez el hombre no explique al hombre, tal vez la pareja quede corta para iluminar la vida, tal vez incluso la sociedad con sus lazos deba rendir cuentas a órdenes mayores, donde un hilo de luz tendido sobre el vacío nos esté respirando para volver a ser.



